

ANTONIO PERPIÑA RODRIGUEZ

EL PORVENIR DEL INDUSTRIALISMO

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, n.º 47, 1970

El porvenir del industrialismo

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. ANTONIO PERPIÑÁ RODRÍGUEZ (*)

NUESTRO TEMA

El escritor francés Levasseur dijo en cierta ocasión: “Recomiendo modestia a los sociólogos”. La palabra “modestia” puede entenderse en dos sentidos. Subjetivamente indica tanto como humildad, sencillez, recato en la exhibición del propio yo. Ocioso es decir que nuestro autor no podía perder el tiempo pidiendo a unos hombres de ciencia una cualidad que es tan rara en ellos. No, se refería a otra cosa. A la “modestia” en sentido objetivo, o sea, a la contención en la búsqueda y exposición de temas. Pensaba, como otros muchos, que la ciencia sociológica no está lo suficientemente adelantada para permitirse el lujo de afrontar grandes y globales temas y había de limitarse a la investigación modesta de fenómenos particulares. Es bien conocida, en el mismo sentido, la posición de R. K. Merton, que prohíbe la elaboración de todo aquello que no sea *theories of middle range*, teorías de rango medio. Lamentamos disentir de estas opiniones. Creemos que la So-

(*) Disertación en Junta de 29 de octubre de 1968.

ciología (heredera, en cierto modo de la Filosofía de la Historia, como ha visto G. Gurvitch) debe aspirar a más, ha de tener más altos vuelos, elevándose a las teorías superiores, sino supremas. Esta posición (sustentada por muchos autores, como F. Znaniecki, H. Zetterberg, R. Biersted, etc.), queda plenamente justificada tan pronto se piensa en que la Sociología nació como ciencia práctica encargada de resolver (o de ayudar a resolver) el gran problema que la Revolución liberal, unida a la revolución industrial, habían planteado al mundo. No creemos que el sociólogo deba conformarse con la teoría de los grupos pequeños, de las minúsculas relaciones informales o con la sociografía de detalles insignificantes. Ha de aspirar a preparar el espíritu, para el análisis y posible solución de los grandes temas que, hoy especialmente, aquejan a la Humanidad. Probablemente, como han puesto de relieve Bianca Magnino y Luigi Sturzo, la Sociología se ha mostrado totalmente incapaz de contribuir a la solución de nuestras presentes dificultades colectivas por esa actitud pacata y vergonzante de rehuir los grandes problemas. Si se quiere seguir la moda teórica actual (*made in USA*) y aceptar la limitación de la Sociología tal como predica Merton, por lo menos, pedimos que junto a esa disciplina se levante otra, la Metasociología que aportaría los datos y principios no basados en pura investigación empiriotécnica (como pidió el sociólogo francés, injustamente olvidado, G. Bouthoul). Pues bien, nosotros pedimos la presencia de la Metasociología para afrontar cuestiones ambiciosas..., sólo que inmediatamente pedimos además que se inserte en la Sociología misma.

Y entre esas amplias cuestiones quizá ninguna más interesante y grave que la que traemos aquí a examen: la del *porvenir del industrialismo*, que es la del porvenir de la civilización y, tal vez, la del porvenir de la Humanidad entera. Como hemos dicho varias veces en otras ocasiones, ese (en conexión con el dilema capitalismo-colectivismo) es el auténtico *tema de nuestro tiempo* y no el que presentó Ortega y Gasset como adaptación de la cultura a la vida. Entendida la palabra cultura en su significado europeo, eso atañe y preocupa sólo a las minorías cultas; pero nuestro tiempo es de multitudes y masas, de poblaciones enteras. Y lo que a éstas interesa es inquirir y soslayar en lo que tenga de no deseable, ese porvenir sombrío que se cierne ante nosotros. Lo cual también interesa a las minorías cultas, y aun mucho más que sus juegos cerebrales de *Kultur*.

Renunciamos aquí a exponer su concepto y naturaleza, remitiéndonos a lo que hemos expuesto en otro lugar (1). Ahora no recogeremos más que unas breves indicaciones. El industrialismo, como modo de ser típico de la llamada "Sociedad industrial" es, sin duda, un modo de producir que no tiene parangón en la historia; pero también es, entre otras cosas, un modo de pensar y sentir, una *Weltanschauung*, una ideología y filosofía práctica ¡que sí puede parangonarse con las de épocas precedentes! En lo que el industrialismo tiene de hecho técnico, no permite el empleo del método histórico-comparativo, por ser caso único; mas en lo que tiene de hecho filosófico-práctico, sí, toda vez que han existido épocas anteriores muy análogas, cuya evolución y destino puede servirnos de pauta para predecir el mañana (con todas las reservas y cautelas de aquel método). Porque, en principio, la Sociedad industrial y su modo de vivir y pensar puede definirse como *hedonismo científico* (rectificando la fórmula de F. Perroux "humanitarismo científico"); y si el adjetivo presta originalidad al fenómeno, el sustantivo tiene precedentes en otros siglos y en otros momentos de culturas diferentes a la nuestra. En fin de cuentas, los romanos del siglo II a. J. C. en adelante sabían vivir bien materialmente; en ciertos aspectos mejor que las gentes de hoy, pues ningún burgués puede compararse con el "genio" del buen vivir Petronio, el Arbitro de las Elegancias; pero los romanos carecían de nuestra maravillosa técnica. Tenían que traer la nieve de las montañas para enfriar sus vinos y manjares, pues carecían de neveras; tenían que servirse de esclavos y literas para trasladarse cómodamente, pues les faltaban los automóviles y los aviones. En una palabra, nuestra época no ha hecho más que aportar los progresos técnicos al afán del buen vivir materialista. Y eso es el industrialismo, en general.

Pero si los romanos, con su refinamiento, crearon una cultura material amplia y se despegaron de la Naturaleza (es sabida su fobia a las bellezas naturales "brutas" y su preferencia por los jardines artificiales: las *villas* en vez de los Alpes), ¿qué decir de esta civilización nuestra con sus millones y millones de objetos de uso y consumo artificialmente producidos, pues la Naturaleza no los da? Si *Cultura* es forma de vida artificial, superpuesta a la *Natura* de los instintos y los bienes es-

(1) Ver *El capitalismo. Análisis sociológico*, Madrid, Instituto Balmes de Sociología, vol. I, 1970, págs. 54 ss.

pontáneos, podemos asegurar que ningún momento de la historia ha sido más “culto” que el nuestro, el de la civilización occidental.

Ahora bien: este nuevo y original hedonismo va a plantear e imponer varias exigencias. La producción en masa nacida en Detroit (como dice P. S. Drucker) no puede existir sin racionalización, burocratización, maquinismo, organización..., es decir, sin todos esos fantasmas que aterrorizan a los idealistas sinceros y a los románticos que no lo son tanto. Y como la civilización industrial es terriblemente expansiva y tiende a “planetizarse” (que diría Teilhard de Chardin), se sigue que todos los pueblos que la acepten, han de ser conscientes de que tienen que aceptar esas consecuencias no gratas. Más aún. Hasta ahora era muy frecuente entre marxistas y simpatizantes el imputar los grandes males del siglo XIX a la economía capitalista, soñando que con el socialismo todo eso desaparecería, el hombre se desalienaría y viviría libre y feliz en un paraíso anarquista y materialista. Sin embargo, el análisis sociológico (utilizando justamente la sabia metodología marxista) separa lo que está en los modos técnicos de producción y lo que se debe a las relaciones sociales de producción, lo imputable a la forma industrialista de producir y lo atribuible al capitalismo. Y encuentra que muchos de los terribles males ochocentistas (alienación en el trabajo, disciplina, deshumanización de la producción, etc.) no son consustanciales al capitalismo, sino al industrialismo; de suerte que aunque éste aparezca bajo formas político-ideológicas socialistas, albergará los mismos vicios. Los problemas de la Sociedad industrial, descubiertos primero por y en la economía capitalista, aparecen también en la U.R.S.S., con ligeras variantes. Así, pues, si esos males son inseparables del industrialismo, la Sociedad industrial, cualquier Sociedad industrial, ha de encararse con ellos, sea capitalista, sea socialista, sea efecto de la industrialización traída originalmente por el Tercer Mundo, según apunta como posible, con cierta timidez, Herbert Marcuse. Esa es la grandeza y miseria del “tema de nuestro tiempo”.

CUESTIONES DE HECHO: EL PORVENIR DEL INDUSTRIALISMO

Nuestra exposición se dividirá en dos grandes partes: en una trataremos de buscar un hilo orientador que nos lleve a una razonable previsión del futuro; en una segunda parte hemos de afrontar el problema del industrialismo y su porvenir, no como algo fácticamente posible, sino axiológicamente deseable. Sabemos que el tema de los valores sí

que rebasa la Sociología, mas no lo huímos, porque el sociólogo ha de ser algo más que sociólogo.

¿Qué porvenir espera al industrialismo? Una primera tesis, que podríamos llamar “optimista” (optimista respecto del industrialismo en sí), nos asegura que se trata de un proceso irreversible, en constante evolución hacia adelante. Es la posición que mantienen no sólo todos los filisteos del progreso, sino el propio Aldous Huxley, cuya visión de *Un mundo feliz* se basa justamente en la continuación de la curva ascendente del industrialismo; y que también comparte Teilhard de Chardin, bajo su místico idealismo. Hablaban una vez Werner Sombart y Max Weber sobre ese hecho (visto aun a escala menor, bajo la segunda revolución industrial) y preguntaba el primero que cuándo acabaría aquel aquelarre de la gran producción, a lo que el segundo contestó que cuando fuera fundida la última tonelada de mineral con la última tonelada de carbón. Si fuera así, el industrialismo desaparecería prontamente; pero el ingenio humano (su industria) le hace encontrar siempre nuevas fuentes de energía y nuevos materiales, y no parece que en esto la Naturaleza vaya a paralizar la actividad creadora del *homo industrialis*, al menos a corto plazo.

Una posición contraria, de corte “pesimista” para el destino del industrialismo, es la tan conocida de Oswald Spengler y Nicolás Berdiaeff, según la cual estamos asistiendo a una “decadencia” del mundo occidental, que retrotraerá a condiciones de vida preindustriales y más simples, a una “nueva Edad Media”. Ambos escritores forjaron sus teorías bajo la impresión de la primera guerra mundial y de sus efectos aniquiladores, buscando apoyo en comparaciones históricas (teoría cíclica de las culturas, en lugar de teoría progresista en línea recta hacia adelante). No obstante, son indudables dos cosas. La segunda guerra mundial y los sucesos que inmediatamente la han sucedido (uso más o menos pacífico de la energía atómica, los enormes progresos de la cibernética, los *Sputniks*) han despertado un nuevo entusiasmo civilizador y pocos piensan en que esto vaya a acabar. Desde este punto de vista, puramente descriptivo, no puede afirmarse, ni mucho menos, que se estén cumpliendo las profecías de Spengler y Berdiaeff y todo anuncia, al menos a corto plazo, repetimos (y corto plazo aquí puede indicar dos o cuatro siglos), que el industrialismo seguirá su marcha triunfal.

¿Qué puede oponerse a ello? Ya dijimos que no la Naturaleza con sus limitaciones de hierro, carbón o petróleo, pues el hombre sabe cada vez más de ella y cada vez la domina más, obedeciéndola. Claro que, por otra parte, las sociedades y las civilizaciones ni llueven del cielo

ni emergen de los infiernos por los cráteres volcánicos: son obra humana. Pero el hombre se mueve según sus motivos y estimaciones; y en este respecto ¿qué nos enseña la observación sociológica, allende y aparte la mera observación técnico-estadística de materiales y fuentes de energía? Para los optimistas, las condiciones de vida que crea el industrialismo concuerdan con el modo de ser de los hombres y, por ello, serán siempre apoyadas por éstos. Este “naturalismo” antihistórico no puede defenderse hoy. Sobre la elemental naturaleza humana, siempre igual, se forman muy variadas y proteicas formas de pensar y valorar colectivamente, que dan lugar a épocas guerreras y caballerescas (heroicas), que se turnan con las épocas materialistas, sencillamente porque las estimaciones colectivas han variado. Tampoco puede olvidarse que hay siglos en que el sentimiento religioso, orientado hacia el más allá, desprecia los bienes terrenales, negando los valores industrialistas. Que éstos (el hedonismo terreno) no sean algo “natural” y, por ende, permanente, sino algo “histórico” y, por tanto, susceptible de extinción, nos lo dice ante todo el panorama de la historia universal, contemplado objetivamente y no con gafas progresistas; y de otro lado, ciertas anécdotas reales y determinadas indicaciones literarias de la más alta significación. Un emperador chino, Chien Lung, en el siglo XVIII, rechazó las ofertas inglesas para establecer relaciones diplomáticas y comerciales, diciendo: “Mis súbditos y yo sólo queremos mantener un Gobierno perfecto y ejecutar los deberes del Estado, sin que nos interesen esos objetos extraños y costosos que nos ofreceis. No los necesito, ni tampoco mis fieles y modestos súbditos.” Se cuenta también que el sabio chino Chaung Tzu (s. III a. J. C.) miraba a un jardinero regar su huerto con un cubo, y le aconsejó poner un elevador en el pozo para regar cien veces más; pero obtuvo esta contestación: “Mis amos me han enseñado que los que recurren a esas argucias son astutos en sus acciones y tienen falsedad en el corazón. Son corrompidos indignos del santuario de Tao. No desconozco eso, pero me avergonzaría de servirme de ello.” ¿Qué mayor condena de las delicias del industrialismo, en el primer caso, y de la base fundamental de la revolución industrial que le dio origen, en el segundo? Por lo demás, la Edad Media cristiana está plagada de ejemplos de esas valoraciones y de esas abstenciones de empleo de ingenios multiproductores. Siguiendo esta corriente ante-industrialista, Rousseau podía escribir: “Si yo fuera jefe de alguno de los pueblos de la Nigricia, declaro que haría levantar en la frontera del país una horca en que haría colgar sin remisión al primer europeo que se atreviera a penetrar allí, y al primer ciudadano que tratara de salir”.

Eso, para el ginebrino, no sería el “muro de la vergüenza”, sino el “muro del buen sentido”. Esto mirando al pasado o a la imaginación; que contemplado el escenario actual del mundo y sus personajes ¿no asistimos a un movimiento de protesta total o parcial contra el industrialismo en los *hippies*, la llamada nueva izquierda, los ácratas, marcussistas, etc? ¿No estará ahí el germen del movimiento que destronará el industrialismo?

Vayamos pausadamente. Es cierto que ha habido épocas y sociedades austeras y contrarias al uso de abundantes bienes materiales; pero no es menos cierto que la actual no es así, y que el proceso que cabe apreciar en toda la tierra es la creciente difusión del afán industrializador y del deseo del *bon vivre* materialista. Tras los nobles y leales propósitos de rescatar al tercer mundo de su miseria, se oculta no sólo la avidez capitalista (o comunista) de ganar dinero a sus expensas, sino también el anhelo de disfrute material que se despierta en los habitantes de las regiones subdesarrolladas al entrar en contacto con las maravillas de la técnica. No hay que olvidar, en primer término, que siempre que se han puesto en contacto una civilización más o menos desarrollada y una cultura bárbara, la primera ha acabado por dominar a la segunda, como ya observó en el siglo XIV Aben Jaldún. En segundo lugar, no creemos que ningún gobernante del tercer mundo pudiera implantar un programa antiindustrialista. Ghandi escribía a Nehru en 5 octubre 1945: “Abrigo la convicción de que cuando la India y con ella el mundo, alcance la libertad, tarde o temprano habrá de reconocerse que los pueblos no deberían morar en ciudades y palacios, sino en villas y viviendas modestas... Sostengo que sin la verdad y el Derecho, la Humanidad perecerá. Y tanto la verdad como el Derecho sólo pueden florecer en la sencillez de la vida rural, en la ‘charkha’ y todo cuanto ella significa.” Pero el apóstol de la no violencia fue asesinado y la “verdad” es que la India va entrando por un camino contrario a sus enseñanzas. También Catón rechazaba los refinamientos orientales y helenos... y Roma acabó entregándose a ellos. También los godos, al entrar en las ciudades romanas, se burlaban de su género de vida, con sus habitantes metidos en casas que les hacían vivir como pájaros..., y Germania dejó sus selvas y se instaló en las ciudades o las construyó. El ejemplo histórico, pues, no es favorable al argumento de la modestia en el vivir.

Por lo que respecta al movimiento *hippy* y similares, creemos que aquí lo pintoresco y anecdótico nubla la visión del fondo de las cosas. Esos movimientos son francamente minoritarios (se dice que en Esta-

dos Unidos no pasan de 5.000 los auténticos militantes, incluidos los numerosos agentes de la C.I.A. mezclados ahí) y no prefiguran el porvenir, a nuestro juicio. En alguna ocasión el gran historiador inglés Toynbee ha intentado comparar el movimiento *hippy* con la “revolución” franciscana dentro del catolicismo medieval; pero aparte de que San Francisco y demás reformadores no modificaron la Sociedad ni alteraron su curso global, lo cierto es que la comparación no nos parece correcta. Por lo menos una cosa es cierta; de los tres votos canónicos que han de cumplir los miembros de las órdenes religiosas, a lo sumo, el de pobreza es cumplido por esos jóvenes; pero son soberbios, como el propio Toynbee reconoce, y no tienen nada de castos, como todo el mundo sabe. No parece que ahí haya un ejemplo a seguir que se vaya extendiendo como base de la lucha contra el industrialismo y la Sociedad de consumo. Su significación nos parece parangonable a la de movimientos de protesta del ochocientos, cuando el romanticismo y la bohemia se alzaron contra las primeras manifestaciones del racionalismo industrialista. Y esos movimientos no han dejado huella, al menos en la historia real de las sociedades (2). Más aún. Ahondando en la comparación histórica, podríamos recordar a los cínicos, que tienen muchas analogías con los de hoy (3) y cuya filosofía no venció a la civilización grecorromana. Todavía añadiríamos que los jóvenes protestantes (nos molesta lo de *contestataires*) están condenados al fracaso por dos razones: porque sólo se mantienen en su actitud mientras son jóvenes (¿hasta los 25 años?) para integrarse luego en la Sociedad de consumo, como ciudadanos normales (dejan de quemar automóviles y se los compran) o como delincuentes, y porque todo movimiento que aspire al éxito social y político ha de tener una condición inexcusable: ofrecer un programa positivo de reforma. La crítica puramente negativa y destructora nunca prospera, aunque sólo sea por aquella ley de la homeostasia social (tendencia al equilibrio) que describiera Gastón Bouthoul, con arreglo a la cual el valor del orden no sólo es un postulado axiológico y filosófico-social, sino también una constante *realidad* humana. Es como el instinto de conservación colectivo, que, en su momento, sabe responder ante los riesgos protestarios y revolucionarios que no prometen nada cons-

(2) Sería interesante un estudio objetivo y realista sobre la vida bohemia. Nos ha llegado ésta con la literatura de Enrique Murger y las melodías de Puccini y Vives; pero ¿realmente la bohemia era así? Aparte el desaseo, ¿no coincidían con los *hippies* en su infracción de los votos canónicos?

(3) El cínico, escribe Ortega y Gasset, es un “parásito de la civilización”, vive de negarla porque sabe que no le faltará. Esto mismo se ha objetado en público a Herbert Marcuse, uno de los santones de la nueva ola.

tructivo (4). Sin duda que la Sociedad industrial (capitalista o no) tiene muchos defectos y es censurable desde muchos puntos de vista; pero no es menos cierto que la defensa de ella (de alguna Sociedad ordenada) favorece mucho al industrialismo y garantiza su porvenir.

Todo lo anterior podríamos resumirlo en lo que llamamos, con carácter general, el *argumento sociológico*. Las instituciones sociales son hechura humana, que depende de las ideas y sentimientos de los hombres. A veces con motivo de esto se impugna la *Wertfreiheit* de la Sociología, diciendo que si los hombres al vivir en común valoran, la Sociología, ciencia de la realidad, no puede prescindir de esos valores. Y bien. ¡Claro que no puede prescindir de ellos, que son la parte más causal y dinámica de las Sociedades! Pero recoge los valores como realidades *que son*, no como valores absolutos o abstractos que *deben ser* (recoge las valoraciones, sería mejor decir). Como si dijéramos: la Sociología ofrece juicios de realidad, no de valor; lo que sucede es que su realidad tiene una impregnación axiológica (la que le dan los hombres vivientes, no el sociólogo como tal) esto hace que ahí haya *juicios de realidad sobre juicios de valor*; pero bien entendido, insistimos, en que éstos están ahí formulados como “realidad” por la conciencia colectiva prevalente. Pues bien: la conciencia colectiva hoy día más poderosa en todo el mundo, tiene pronunciado un juicio de valor a favor del industrialismo, que para el sociólogo constituye el mejor argumento a favor de la persistencia de esa forma sociocultural de vida. Demostrados que el hedonismo científico se ha pasado ya; probados que el movimiento antisociedad de consumo se va imponiendo, y entonces crearemos en la eficacia históricosocial de los movimientos “anti”. Mientras tanto, el argumento sociológico nos da un diagnóstico favorable al industrialismo..., aunque nuestros juicios particulares de valor condenen éste.

Y antes de pasar a la valoración de dicho fenómeno, queremos añadir todavía otro argumento de índole “metasociológica”. No cabe duda de que toda decadencia de una civilización avanzada (5) es superada

(4) Ejemplo: la gran votación a favor de De Gaulle, tras la “revolución” de mayo, que no pasó de ser un “motín”. Con motivo del asalto a la Bastilla, Luis XVI preguntó a un ministro qué era ese motín. “¡No, Sire —recibió como respuesta—, no es un motín, es una revolución!” Y lo era porque llevaba en su seno algo más que destrucción; llevaba un programa de nueva estructura, de “nuevo orden”, que se aceptó incluso por muchos no revolucionarios. Otro tanto puede decirse de la revolución rusa de 1917, que se ha consolidado gracias al sentimiento “homeostático” del pueblo ruso.

(5) Decadencia tiene aquí valor descriptivo, no axiológico, como pasa con el término vejez, que *en sí* es hecho biológico y no una desgracia no deseable.

y vencida por pueblos bárbaros, con sangre más pura e ideas más espirituales o menos materialistas. Sin embargo, ¿dónde están los nuevos bárbaros que han de acabar con la civilización industrial? Henry Georges pensó en su momento en la clase obrera como encargada de esa misión; pero, como Herbert Marcuse lamenta, la clase obrera se ha integrado ya lo suficiente en la Sociedad de consumo (incluso en Francia e Italia, pese a la opinión de ese autor) para haber dejado de ser un peligro bárbaro para la misma. Cuando los chinos invadan Europa vendrán ya civilizados.

CUESTIONES MORALES: VALORACION DEL INDUSTRIALISMO

Lo más grave al enjuiciar desfavorablemente el hecho del industrialismo y sus consecuencias (racionalismo, burocracia, organización, etcétera), es que, sin querer, introducimos como absolutas y eternas nuestras propias valoraciones y nuestro concepto actual del ser humano.

No suele fijarse la atención en la circunstancia de que el libro de Huxley refleja *“un mundo feliz”* (como se dice en la traducción española). Los seres de ese tiempo futuro eran felices con su género de vida, como lo eran los romanos y bizantinos atacados por los bárbaros (hasta que cambiaron éstos). ¿Por qué tratar de imponer nuestros propios criterios y estimaciones a todos los tiempos y pueblos? Estamos, sin duda, en un plano axiológico más que ético, que no prejuzga la “bondad” moral (*Gut*) de una actitud y una conducta, sino su bondad o conveniencia para la felicidad (*Wohl*); y en este terreno, repetimos, si los seres del mundo feliz lo eran, nuestra condena es inoperante para negar su “felicidad”. Se dice a menudo que en contra de las fantasías literarias, la observación empírica demuestra que ya el industrialismo no hace feliz. Así, se cita el aumento del porcentaje de suicidios en los países más avanzados, respecto de los menos desarrollados; se aducen también los fuertes y variados movimientos de resistencia de las masas a la entronización del industrialismo (así, en la India); puede todavía alegarse que el hombre feliz (según el célebre cuento) no tenía camisa; y aun no faltarán referencias científicas, como la de Riesmann (*Abundancia ¿para qué?*), quien busca el testimonio de Cash para afirmar que es muy escasa la alegría que por doquier acompaña a la industrialización (6). Mas este argumento no es definitivo, ni mucho menos.

(6) Siempre que regresa de Estados Unidos algún amigo o conocido nuestro nos responde lo mismo a nuestras cuestiones: los yankees no han descubierto la felicidad, ni son felices. Pero, digo yo: todo es cuestión de tiempo y de adaptación.

Esas reacciones de valoración negativa pueden ser —y verosíblemente lo serán todavía algún tiempo— fenómenos de transición. Los educados y formados en un ambiente en que las estimaciones preindustriales aún tenían gran fuerza, podrán sentirse desencantados y entristecidos en el mundo industrial que las niega; mas ¿pasará y aun pasa lo mismo con las nuevas generaciones que desde que salen del cascarón están ya habituadas al racionalismo del Código de la Circulación y de las planificaciones, a los veinte mil encuentros con los burócratas, a la pérdida casi total de la propia personalidad y del propio juicio ante los irracionales tópicos actuales, la música moderna, etc? La alienación no es un dato molesto en sí, sino únicamente cuando se tiene conciencia de ella y además molesta. Sobre ese supuesto, el disgusto ante la alienación que produce el industrialismo es patrimonio de minorías, tan pequeñas como la de los *hippies*. La masa actual ya está alienada (entregada) en favor del industrialismo y sus virtudes. Este fenómeno de entrega al hedonismo actual lo hemos sentido y sufrido leyendo una frase del Padre Arrupe: “¡Ya no hay países de misión, sino países en vías de desarrollo! Ya no hay misioneros evangelizadores, sino reformadores sociales progresistas!” ¿No es esto un cambio sustancial en las valoraciones vigentes? No sabemos lo que la Ética dirá; pero sí afirmamos que la simple Axio-logía nos dice que la valoración positiva del industrialismo se va reafirmando, al entrar las almas más progresivas por las rutas que llevan al *brave new World* (7). Citaremos de memoria todavía dos ejemplos. La concepción occidental de hoy tiende —o tendía— al individualismo, a la exaltación de la dignidad individual, a la independencia y libertad de cada hombre. Pues bien, en la utopía del P. Teilhard de Chardin y en su planetización futura vemos una pérdida total del yo individual, que se transforma en molécula consciente de la Humanidad. Por su parte, E. Fromm ha llamado la atención de que ya no nos avergonzamos del “gregarismo” de la vida actual. Lo que sucede es que, por mecanismos que quizá tratan de acallar un subconsciente individualista muy disgustado, a todo eso lo llamamos “comunitarismo”, solidaridad, entrega a los demás, etc.

Pero es que, siempre en el reino de los valores y aun más allá, en el de la moral obligatoria, el industrialismo presenta facetas positivas y dignas de estima:

(7) Se habla hoy de un mundo *post-industrial* (v. A. TOURAINE, *La société postindustrielle. Naissance d'une société*, París, 1969). No nos gusta ese adjetivo. Cada vez hay más industrialización, y querer añadir la engañosa partícula “post” sólo puede explicarse por el afán de querer salir del mundo industrial *verbalmente*, “de boquilla”, que diríamos en términos castizos.

1.^a El *argumento sociológico* (la conciencia colectiva quiere el industrialismo y por eso mismo éste “debe ser” dentro de una moral social a lo Durkheim) podrá ser impugnado por una Etica absoluta (cristiana o racionalista); pero esa Etica tiene que tener en cuenta el *argumento demográfico*. ¿Es que la Humanidad, con más de 3.000 millones de seres humanos, podría subsistir si abandonáramos la producción en masa y los prodigios de nuestra técnica? ¿Se ha pensado en las epidemias y hambres, guerras y muertes —los cuatro jinetes del Apocalipsis— que cabalgarían por toda la tierra si esos miles de millones adoptaran la holganza *hippy*? Creemos que aquí la Encíclica *Humanae vitae* perdería su sentido si se renunciara a la superproducción industrialista.

2.^a Traigamos también el *argumento moral-social*. Por primera vez en la historia se ha presentado la oportunidad de redimir a las masas populares más humildes de la pobreza y de la miseria (8), lo cual si no es un objetivo supremo de la moral cristiana (orientada hacia la salvación en el más allá), sí es un objetivo primario o superior, por decirlo así, ya que Dios no nos obliga al dolor y a la miseria innecesarias, y sí a remediarlas en el prójimo. Pues bien, esa meta de erradicación de la miseria sólo es posible gracias a la superproducción industrialista. Sin ésta las Encíclicas sociales de la Iglesia carecerían de sentido.

3.^a Pero lo que decimos en el plano nacional interno puede y aun debe trasplantarse a niveles internacionales. Se habla, con terminología más o menos exacta, de naciones “proletarias”, aludiendo a un hecho que es perfectamente claro y que no necesita documentarse con estadísticas, a saber: que gran parte de los ciento treinta y tantos países independientes pasan hambre o se hallan en extremos intolerables de

(8) Sobre esto son curiosas y dignas de análisis objetivo las estadísticas norteamericanas sobre la “pobreza” en ese país, que sirven de argumento a la “nueva izquierda” para despotricar contra el capitalismo. No se trata de apuntalar éste, sino de juzgar imparcialmente los hechos. La cifra de ingresos mínimos para superar el estado de pobreza, según el Departamento de Agricultura y la Administración de la Seguridad Social, oscila entre 3.000 y 3.100 dólares anuales para familia de cuatro miembros. Pues bien, aparte de que en las estadísticas sucesivas el número de familias pobres disminuye incesantemente (las últimas cifras que conocemos nos dan: a precios de 1967, sólo un 13,7 por 100 de las familias se encuentran en esa situación; en 1947 la cifra era de 27,4 por 100), lo cierto es que esos ingresos constituyen los de muchísimos hogares españoles que tenemos por relativamente acomodados; y desde luego superan con mucho el equivalente de los pobres de la época preindustrial. ¿Méritos del capitalismo? No, del industrialismo.

pobreza (9). Pues bien, para la redención económica de ese *Tiers Monde* se requieren dos condiciones: 1.^a, enorme producción económica, sólo logvable mediante las técnicas superindustrialistas; 2.^a, que las naciones que las poseen se decidan, por fin, a ayudar humanitariamente a las subdesarrolladas. En espera de que se cumpla este último requisito, no podemos suprimir el primero, sólo por satisfacer romanticismos injustificados o humanismos que dejan de justificarse cuando se piensa en la miseria y pobreza (no podemos dejar que los pobres sigan siéndolo, porque no nos gustan la burocracia, la racionalización, etcétera, que son necesarias para el trabajo industrialista). En una palabra, si prescindimos de este último, la *Populorum progressio* dejaría de tener sentido.

4.^a Dentro, no de la Ética estricta, pero sí apuntando hacia los llamados “valores espirituales”, podríamos todavía esgrimir un argumento en defensa del industrialismo. Cuando pensamos en la gran producción, en el consumo de masas, etc., solemos tener en la imaginación casi exclusivamente el buen vivir sibarítico y epicureísta (no el de Epicuro, sino el de los epicúreos); pero olvidamos una cosa. La técnica y su desarrollo teratológico de la actualidad no están sólo al servicio de la economía del bienestar. También, y quizá más, sirven a la economía de guerra (10), lo cual ciertamente no sirve de argumento para los defensores del industrialismo, sino para sus fiscales; mas, aparte eso, no hay que olvidar que todas las actividades humanas, incluso las espiritualmente más elevadas, necesitan de una infraestructura material,

(9) Aquí también la objetividad científica obliga a poner en entredicho algunos tópicos que circulan en la prensa diaria y en ciertas declaraciones más o menos demagógicas. Se dice que las dos terceras partes del mundo pasan hambre. Para lo que el público considera como “hambre” (o sea, para quienes van dirigidas tales declaraciones), eso no es exacto. Desde Josuef de Castro, sobre todo, se han tergiversado las cosas, confundiendo hambre en sentido “técnico” —falta de una dieta racional de todas las sustancias alimenticias— y hambre en sentido “común” —carencia plena de alimentación suficiente—. Ahora bien, aun después de deshacer el equívoco, quedan en el mundo centenares de millones de seres humanos que pasan hambre y se hallan oprimidos por otras necesidades perentorias. Basta esta situación —sin necesidad de hinchar demagógicamente el perro del anticapitalismo— para esgrimir el argumento de la imprescindibilidad del sistema industrialista como único capaz de remediar hoy en día esa calamitosa situación... y, si se quiere, para condenar a los países capitalistas y no capitalistas que permiten la subsistencia de la misma, gastando en la competencia planetaria o estelar lo que debería utilizarse para la competencia en la generosidad.

(10) Una vez nos permitimos en nuestros escritos hacer referencia a la “interpretación bélica de la historia” de Ortega y Gasset, la cual, cuando se desarrolle a fondo, tendrá más valor heurístico que el marxismo.

dado el carácter espiritual y físico-corporal del hombre (ahora se diría psicossomático, para eludir la referencia al “arcaico” concepto de “alma”). Y el industrialismo, en esas circunstancias, constituye un servidor de las actividades espirituales. El primer reloj mecánico se construyó, según L. Mumford, para regular los rezos en los conventos; y hoy los relojes se utilizan por la mayoría de los hombres para toda clase de fines, lícitos, honrados o ilícitos. La imprenta tuvo como motivación creadora difundir la Biblia; y hoy se emplea para hacer accesible la cultura a un número de personas que se verían privadas de libros si aún hubiera que recurrir a los copistas. La televisión a veces es foco de irradiación de cultura. Los micrófonos y altavoces se utilizan en los templos... En una palabra, dada la actual dilatación masiva de los pueblos y de la Humanidad, los productos de la técnica industrialista son cada vez más indispensables para la cultura y para la propagación y mantenimiento de los valores del espíritu. Incluso no condenemos mayestáticamente la cultura contemporánea de los ocios. Tomar el aperitivo, salir de excursión en automóvil, bailar al compás de la música ligera de moda en la juventud, ver los seriales de televisión, etc., ni son cosa de pecado ni deben desdeñarse desde el trípode olímpico de la *Kultura* —un amigo mío decía que tiene más mérito saber degustar una copa de Oporto que entender la *Crítica de la razón pura*—. Y en ese sentido, el industrialismo es el proveedor nato e insustituible de tal expansión cultural. Lo malo de ésta es que viene desfigurada por la “pleonexia” (búsqueda anhelante de lo superfluo); pero atemperada por la “eutrapelia” (moderación en las diversiones) constituye una actividad excelente.

CONCLUSIONES

El tema del porvenir del industrialismo es tan rico en matices y sugerencias, que lo único que puede hacerse —en defecto de dedicar a él un grueso volumen— es apuntar algunos, y no todos, de los problemas e implicaciones que plantea y ofrece. Eso es lo que hemos tratado de hacer en las líneas anteriores (11); y ahora queremos poner un poco de orden en nuestras ideas y nuestra exposición, resumiendo lo anterior.

(11) No hemos ni rozado la cuestión del trabajo industrial en sí, que nos llevaría a escribir y leer, no un volumen, sino una biblioteca entera. Sobre ello, sólo recogeremos la aguda observación de G. Friedmann: se ataca a las condiciones del trabajo industrial, silenciando injustamente los esfuerzos continuos que se hacen por aliviar sus efectos, con frecuencia con éxito.

El industrialismo, como forma colectiva de producir, lleva anejas una serie de consecuencias que se tienen por no deseables y por vituperables (racionalización, burocratización, planificación, alienación, etcétera); pero, aparte de que todo eso se exagera y desfigura a menudo, olvidando calamidades similares de otras épocas, que justamente el industrialismo ha ayudado a superar (12), lo cierto es que la crítica parcial de los aspectos parciales malos del industrialismo, no debe llevar sin más a condenarlo en bloque, sin ponderar en el otro platillo sus ventajas. Se ha visto cómo tal montaje económico, no sólo es deseable en ciertos aspectos, sino que además es actualmente necesario e imprescindible. De suerte que la discusión sobre su mantenimiento o supresión tiene algo de bizantina, cuando no de farisaica, pues, como los cínicos de antaño frente a la civilización romana, hay muchísimos hoy que atacan los excesos de la Sociedad de consumo..., pero no se pueden pasar sin ellos. Y, en todo caso, como también se vio, la conciencia colectiva impone la continuación de esa forma de producir y de vivir.

Finalmente, queda el problema de la adaptación del hombre a la cultura industrialista. Es muy verosímil que muchos de los síntomas de rechazo que hoy se observan en diferentes esferas no sean más que manifestaciones de los trastornos inherentes a toda adaptación en el tránsito de una cultura a otra. Insistimos en que se debe rehuir todo sociocentrismo de actualidad, considerando como “naturales” (eternas) muchas estimaciones y muchas instituciones de hoy que acaso sólo son “históricas” (transitorias). Sobre esta base, y sobre la de la inevitabilidad del industrialismo, la cuestión no está en condenarlo literariamente aferrándose a posturas ya anacrónicas, sino saber acomodar los espíritus al nuevo mundo “feliz” (para evitar las neurosis) y saber transformar las instituciones de acuerdo con lo que exige ese mismo mundo (para evitar las revoluciones).

(12) Así, en relación con la nota anterior, se condena al industrialismo (sobre todo al capitalista) por las ínfimas condiciones de trabajo que ha creado; pero, como apunta un autor, al hacerlo no se piensa en la esclavitud antigua, ni en los bateleros del Volga, ni en el trabajo de galeras —equivalentes del obrero moderno—, sino en el pequeño propietario rural de las églogas de Virgilio (v. B. RAMOS, *El Derecho y el hombre actual*, Madrid, 1969, págs. 77-78).